

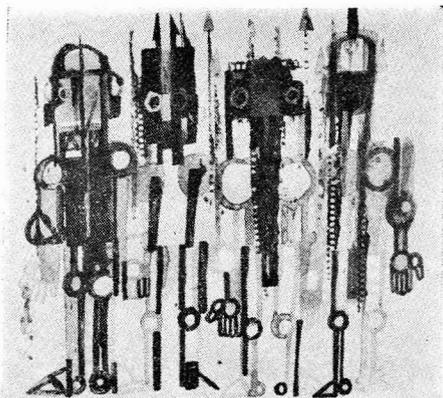
La feria de los días

I

El martes 4 de septiembre el diario *Novedades* informó que un grupo de agentes policiales habían decomisado en el aeropuerto central los libros y otros objetos que traían en su equipaje algunos "estudiantes viajeros". Y en seguida, el mismo periódico proporcionaba la lista del "material requisado", que "en alegre mezcla . . . mostraba, a la par de panfletos de propaganda sovietizante y fotografías de Marx, Lenin y Castro, la grabación de Pedro Infante llamada *Valses inmortales mexicanos*, un libro de poemas de Octavio Paz, las *Quince crónicas* de José Martí, el libro médico *Cardiopatías congénitas*, una gramática checa y una caja con estampillas de varios países". La nota informativa aseguraba, en fin para nuestro consuelo, que dicha "actividad policial" había-se realizado "con energía, pero sin rudeza".

II

Ésta no era la primera vez que ocurría un abuso semejante y, por supuesto, tampoco fue la última. Todos los días, desde hace ya mucho tiempo y sin que nadie haya considerado necesario hasta la fecha po-



ner un alto a la arbitrariedad, nuestro elegante aeropuerto central se convierte en escenario de esa clase de atropellos. En pocas ocasiones, sin embargo, se nos ha deparado una comprobación tan objetiva e incuestionable.



III

La información aludida demuestra, por lo menos, dos cosas. Primera: que en México existe una aduana de excepción al pensamiento, incompatible con la esencia de una verdadera democracia liberal y contraria a las garantías fundamentales de nuestra Constitución. Y segunda: que en el ejercicio de tamaña censura, en sí ilegal y atentatoria, la arbitrariedad de los agentes que la desempeñan —¿por mandato y ante la complacencia de quiénes?— ha llegado, como era de esperarse, a prescindir con el mayor cinismo de cualquier género de limitaciones o miramientos, fundados, no digamos ya en las leyes, sino siquiera en el más estricto sentido de la congruencia inquisitorial.

IV

Malo, muy malo, que se decomisen los libros de Marx, o de quien sea. Las ideas no se combaten con "requisas" ni con agentes de la policía. Y cuando ello se hace, resulta impo-

sible pretender al propio tiempo que se está defendiendo la democracia; porque en realidad se la está destruyendo o invalidando.

V

Pero es todavía más grave que la tarea fiscalizadora, sobre tolerarse y aun fomentarse, quede confiada a personas incapaces de ostentar el mínimo criterio, investidas de una autoridad ciega que no conoce fronteras ni prudencia. A lo ilegítimo se agrega hoy lo absurdo; a lo odioso se aúna ya lo grotesco. Pero en el fondo trátase de una evolución previsible. Recuerdo aquella clara admonición de Archibald MacLeish: "Puede tenerse la seguridad de que si se empezara por reconocer el derecho a la libertad de expresión únicamente a quienes creen en ciertos principios y por negárselo a quienes creen en otros, se acabaría, tarde o temprano, negándose a todos."

—J. G. T.

